

ESTUDIO Y TRADUCCION DE 4 INSCRIPCIONES IBERICAS

2 de Serreta (Alcoy)
El Cigarralejo (Mula)
Sagunto (inscripción en piedra)

Edelmiro Zamanillo Rosales
Catedrático de Latín
I. N. Bachillerato Alfaro (Rioja)

En junio de 1988 el autor de este artículo publicó un libro "Lectura y traducción de la lengua de los iberos". En él se leen y traducen más de una docena de inscripciones ibéricas.

La lectura del ibérico que hace el autor es esencialmente la de D. Manuel Gómez Moreno, aceptada tradicionalmente por casi todos los iberistas. La única e importante diferencia está en la interpretación de los signos ibéricos X (TA para G. Moreno) y H (O para G. Moreno), signos que el autor lee respectivamente KE, E (eta griega). Además en el libro citado se supone que algunas consonantes no oclusivas (R, L, S...) deben leerse con apoyo vocálico.

Llega a esta conclusión partiendo de que el alfabeto ibérico es procedente del micénico mixto, es decir, del silabario micénico del tipo de los inscripciones de Pilos con las incorporaciones alfabéticas tomadas del alfabeto fenicio.

Con esta lectura básicamente tradicional y comunmente aceptada se optiene una lectura ibérica coincidente con el griego preclásico, al menos en lo que a los lexemas radicales se refiere.

Leída así cada cadena fonética ibérica y haciendo las separaciones pertinentes con la ayuda sistemática del sustrato griego, se puede llegar a interpretar adecuadamente el contenido de cada inscripción.

Afirmamos como tesis básica que el ibérico es una lengua esencialmente griega con un desarrollo estructural muchísimo más elemental que el que muestra el griego de Homero. Esto significa que en las inscripciones ibéricas se oculta una lengua micénica o poco posterior.

Si hasta ahora nadie ha presentado una traducción ibérica mínimamente coherente se debe a que o bien se han buscado como apoyo sustratos inadecuados (céltica, germánico, bereber, caucásico, vascuence actual, etc.) o bien se leen las cadenas ibéricas sin saber cómo separarlas en sucesivos lexemas significantes. En todo caso se ha llegado a lecturas siempre estériles e incapaces de proporcionar sentido lógico alguno.

En el libro arriba citado no se estudian algunas inscripciones de indiscutible interés: Serreta de Alcoy, Cigarralejo, Sagunto, etc. Ahora que el ibérico, por razones ajenas o anejas a mi libro, ha vuelto a cobrar vigencia, parece oportuno presentar el estudio de esas inscripciones que no pudieron ser publicadas.

Las inscripciones de la Serreta y El Cigarralejo tienen el interés añadido de que están inscritas en lengua jónica... y a pesar de ello tampoco han podido ser interpretadas de un modo mínimamente coherente.

La lectura y traducción que yo hago de esas dos inscripciones tiene la misma base y método que el resto de las inscripciones ibéricas. Pero ofrece la ventaja de que los signos X, H citados arriba son interpretados por los iberistas tradicionales como K-,E (eta) respectivamente, es decir, como los leo yo en todas las inscripciones ibéricas. El signo V,Y leído NI tradicionalmente, aquí es interpretado con el valor U, coincidiendo también en esto con mi lectura ibérica.

Esperamos publicar pronto "Origen léxico del euskara". En este nuevo trabajo se hace evidente que el vascuence, como el ibérico, tiene sus raíces clavadas en el micénico y dialectos inmediatamente posteriores.

Si la Historia o la arqueología, a pesar de múltiples evidencias manifestadas en el arte, estatuaria y murallas micénicas, etc., no han podido o querido aceptar una helenización profunda y temprana de Iberia, la lingüística puede por sí sola evidenciar esa helenización. Tal vez sea este el camino para subsanar las carencias de otras ciencias que pudieron llegar y no llegaron a la misma conclusión.

Afirmar hoy que la lengua y la cultura en nuestra Hispania prehistórica eran micénicas es algo inaudito y casi insolente. Pero lo inaudito y lo insólito no tienen por qué ser repudiados "a priori". Tal vez se han seguido caminos

demasiado "auditos" y "sólitos"; tal vez la tradición, la autoridad y el seguimiento fiel y confiado han sido obstáculos insalvables que han impedido avanzar en el conocimiento del ibérico, del vascuence y de nuestra prehistoria cultural.

Es significativo y admirable que inscripciones como la de Alcoy y Cigarralejo, reconocidas como jónicas por todos los iberistas, no hayan tenido mejor suerte que el resto de las inscripciones ibéricas en lo que a su traducción se refiere.

Ha sucedido con estas inscripciones (y con todas) lo que ocurrió con el micénico hacia mediados de siglo. La indiscutida autoridad de Sir Arthur Evans, que aseguraba que las inscripciones de las tablillas de tipo B, como Pilos, no eran griegas, fué insuperable obstáculo para la comprensión del micénico. Pero gracias al genio e independencia de Michael Ventris y Willian Blegen que contra toda autoridad tomaron el griego como base, hoy sabemos con certeza que el micénico es una lengua primitiva griega.

Sería de gran interés leer los trabajos de traducción de estos autores y las coincidencias que casualmente aportan a una lectura ibérica.

Concretándonos a los plomos de Alcoy y Cigarralejo, de caracteres jónicos reconocidos por todos, su lectura debería resultar elemental, fácil y segura: Pero los iberistas nos presentan una cadena de sonidos alejados de cualquier expresión humana. Se llega a límites como la lectura "SSSXC" (plomo de Alcoy, cara A, línea 2). Leer así es condenarse a leer mal ya que esos signos no pueden representar palabra humana alguna.

Algún implemento vocálico habrá que añadir a esos signos para obtener en cada caso la palabra de sentido y significado adecuado.

La lectura G. Moreno, aplicada ciegamente nos proporciona lecturas como la indicada. Bastaría añadir algún implemento vocálico a las SSS-- sucesivas para dar sentido y significado a esta palabra.

Pero ¿Qué vocalismo debemos aplicar? Si intentamos leer sin base comparativa alguna (lectura tradicional), cualquier vocalismo resultaría apriorístico y estéril. Lo mismo sucedería fundamentando la lectura sobre sustratos

inadecuados. Pero si nos apoyamos sobre una base que justifique cada lectura puntual y que nos proporcione al tiempo cadenas significantes razonadas, estaremos capacitados para leer y traducir la lengua ibérica.

Eso es justamente lo que creemos conseguir partiendo de la base griega. Si los resultados son sistemáticamente válidos fonética y semánticamente, habrá que admitir que la clave empleada lo es también. Sería obstinación interesada y nada científica negar validez a una tesis capaz de producir tales resultados. Si ni siquiera en inscripciones de caracteres jónicos como éstas se ha conseguido interpretar nada coherente, si ahora vemos que son inscripciones en lengua jónico-micénica, habrá que culpar a la lectura tradicional de tales incapacidades.

Como era de esperar, no aparecen en estas inscripciones elementos morfológicos propios de una lengua desarrollada. El griego primitivo careció igualmente de tales elementos. Con todo se pueden apreciar sufijos incipientes que permiten distinguir formas de "inflectum" o "perfectum". Las acciones pretéritas incluyen el elemento KE- propio del perfecto griego, mientras que las "proyectivas" introducen el viejo sufijo -SE indoeuropeo usado por griegos y latinos. Esta elemental diferenciación basta para distinguir entre "lo sucedido" y "lo que se hace" o "se proyecta hacer".

La misma antigüedad se aprecia en la expresión lexemática de formas verbales. Así "baino" aparece casi siempre representado por sus formas primarias "ban-", "bas-", "bes-"; la forma "bain-", muy posterior, apenas aparece en el texto. Es claro que la conocieron, pero su lengua, de formación anterior, apenas la incluía. Verbos como "lambano", "lanthano" aparecen siempre con las formas primarias "lab-", "lath" respectivamente; ni siquiera parecen conocer la forma posterior "lamb-". Ejemplos como estos nos muestran una lengua muy antigua, sea cual fuere la época de su inscripción en los plomos.

Así pues el fundamento y validez de la traducción de las inscripciones ibéricas está en la fidelidad con que sistemáticamente aparecen los correspondientes sustratos griegos como base y garantía para la consiguiente traducción. Ningún otro sistema ha resultado eficaz.

ORIGEN DEL ALFABETO IBERICO Y CONSECUENCIAS PARA SU INTERPRETACION

Se cree que el alfabeto ibérico procede del fenicio a través del griego, pero no se ha dado una explicación clara que no sea el mero parecido mórfico entre los signos respectivos. Los griegos mismos denominaron su alfabeto "phoinikeia grammata", es decir, "escritura fenicia". Basta comparar efectivamente la forma de los signos griegos antiguos para adivinar su origen fenicio. Más aún, los nombres de las letras son también fenicios: alfa, beta, gamma, delta..., son mera lectura de las letras fenicias alef, bet, gimel, dalet...

Debido a la importancia de la cultura fenicia y griega se viene afirmando tradicionalmente que los fenicios fueron los descubridores del alfabeto, afirmación explicable, pero no exacta. Es explicable si con ello se quieren simbolizar todas las escrituras semíticas, como hebreo, cananeo, arameo, moabita, etc.

Lo cierto y demostrable es que los fenicios no descubrieron el alfabeto. Hace ahora 60 años, en 1929 fué descubierto en Ras Schamra (Siria) un alfabeto también semítico; es llamado "ugarítico" en memoria del antiquísimo reino de Ugarit, dentro del cual está el lugar del hallazgo. Ras Schamra se encuentra en el litoral mediterráneo frente a la isla de Chipre.

El alfabeto ugarítico se perpetuará más tarde en colonias fenicias como Chipre, Cerdeña, Sicilia, etc. y sobre todo en Cartago, en donde se le denominó "púnico", término éste derivado de "phoinikos" (fenicio). Claro es que cuando decimos ugarítico nos referimos ya a su variante fenicia.

A pesar de lo dicho más arriba, la historia no ha podido pronunciarse definitivamente sobre el verdadero origen del alfabeto ibérico propiamente dicho; pero, dadas sus características mórficas y su contenido fonético podemos afirmar su procedencia de un alfabeto micénico mixtificado. Una cosa es segura: el alfabeto ibérico de las inscripciones, siglo V a. C., no puede proceder del alfabeto griego propiamente dicho; éste carece de las series oclusivas silábicas del alfabeto ibérico y por lo mismo no pudo exportarlas a la Península. Hay en cambio un alfabeto mucho más antiguo usado por los griegos, que explica adecuadamente el origen del ibérico.

